

Contestación (*)

* * *

Por Mario LOPEZ LOPEZ

Profundamente emocionado por la significación que para mí tiene este solemne acto que aquí nos reúne con motivo de mi nombramiento de Hijo Predilecto de nuestra ciudad, desearía, ante todo, expresar mi gratitud a quienes me conceden tan honrosa distinción, sin duda la más alta y entrañable que un bujalanceño pueda alcanzar a soñar en vida, aunque yo no la merezca...

Gracias, pues, Alcalde de Bujalance. Gracias, Corporación Municipal y en general gracias a todos y a cada uno de vosotros, paisanos míos y queridos amigos llegados de más lejos, por vuestra presencia y por vuestra generosa iniciativa que, encauzada por tan nobles amigos como Juan León, Alvaro Abril y Antonio Caballero, hoy se ve convertida en realidad.

Gracias también, Excelentísima Diputación Provincial de Córdoba, por el inestimable regalo editorial de mi *Antología poética de Bujalance*.

Y, cómo no, de modo especialísimo, gracias a ti, admirado y querido Pablo García Baena, por tu significada presencia entre nosotros. Presencia que tanto nos honra y acrecienta nuestra gratitud después de oír estas palabras tuyas —de oro puro— que, en nombre de nuestra amistad, has dedicado a Bujalance... Amistad mantenida por encima de todos los avatares desde aquella inolvidable y hermosa aventura literaria que en 1947 compartimos con Ricardo Molina, Juan Bernier y Julio Aumente, y los pintores Ginés Liébana y Miguel del Moral: la fundación de la revista *Cántico*, en cuyas páginas tuve el honor y la satisfacción de ver publicados mis «Poemas de la Campiña», origen y anticipo de lo que más tarde constituiría tema fundamental de mi limitada obra poética, tan enraizada a nuestra tierra y más concretamente al paisaje que desde Bujalance constituyó mi primer espectáculo de vida...

(*) Discurso de contestación al de Pablo García Baena.

Bujalance, mi pueblo... (BU-HA-LAN-SE, como lo pronunciamos nosotros con el regusto atávico y la delectación eufónica que nos ofrece su aljamiado nombre...). Pueblo de cielo y cal, rodeado de olivos. Alegre y asimétrico. Luminoso y abierto a los horizontes de Sierra Morena y estribaciones penibéticas del sur de la provincia tal arisca joya de recuerdos antiguos –fulgente en las ruinas de su castillo califal, sus ermitas rurales y blasonadas mansiones de lo siglos de oro, sus dieciochescas torres... Ciudad plenamente identificada con el carácter étnico de la Campiña de Córdoba, adornada de nobles virtudes, aunque rebelde a la tradición que parece pesarle demasiado como nos demuestra a lo largo de la Historia el genio independiente de sus habitantes.

Bujalance, mi pueblo... Pueblo de mis padres y de mis abuelos cuyos nombres recuerdo haber visto incluidos en aquel curioso libro del bujalanceño don Juan Begué y Diego, donde tantos de sus paisanos del siglo diecinueve pasaron a la historia menuda de su *Almanaque perpetuo*, rimados en charadas, acrósticos, letrillas y epigramas...

«Era vida de pueblo, hueca y ceremoniosa,
frente al tiempo sentada con bastón y sombrero...»

Años de la provincia mirando las veletas, sus renovados vientos de comienzos de siglo: la «generación del 98» y el «modernismo» en su reencuentro con la belleza, desde los transparentes ojos de la Reina Victoria Eugenia a la poesía de Juan Ramón Jiménez pasando por la España de Joselito y Belmonte, de Romero de Torres y de la Institución Libre de Enseñanza...

Años en que Benítez Mellado aún pinta desde los atrios de la ermita de Jesús Nazareno de Bujalance los mismos crepúsculos que don Antonio Machado contempla en su melancólica Baeza de 1913.

Y con el armisticio de la guerra europea tu despertar a la vida frente a tanta hermosura bajo cielos y luces que jamás volverías a presenciar iguales a entonces... Tiempo y lugar donde te correspondió nacer y vivir con la autenticidad de tu sangre de hombre en íntimo diálogo con su circunstancia.

Tus primeros recuerdos de niño de 1923 van unidos al eco tutelar de tus padres, a la compañía de tus hermanos, hoy ya dispersos en el tiempo, y al entrañable clima de tu casa natal de la calle Tobosos... Aquel desangelado caserón dieciochesco, sitial privilegiado de tus sueños, abiertos a horizontes de olivos y a los hondos caminos misteriosos del campo...

Porque Bujalance no tiene otra salida que sus torres de oro y su alto cielo de estrellas para soñar... Huerto cerrado de la Campiña de Córdoba donde arraigó tu propia voz desde algo posible y merecedor de ser comunicado a los demás...

Nubes que pasan, cielos, calles de tu memoria, donde a veces lo encuentras una tarde cualquiera, suspenso frente al mudo espectáculo de los seres y de las cosas... Seres que te rodearon y cosas de las que no suele hablarse en la vida diaria y que sin embargo estaban allí, con voz y sólo aguardando ser

nombradas un día por quien junto a ellas alcanzó a pasar con el corazón en los labios...

Porque el poeta siente la voz de la tierra —de su tierra— con urgencia tan antigua que lo verdaderamente angustioso para él sería dejarla gritar, muda, sin intento de expresarla, de transcribirla.

«¡Cuántas sensaciones indescriptibles experimenta en su alma el poeta!». Como te diría Vicente Aleixandre en su primera carta alentadora: «Todo tiene su precio y éste es el dolor (y el gozo) que también penetra en tu vida por más anchas puertas que en los demás...».

No es poco, ciertamente... Pues la poesía es vida, aunque sea otra vida y en ella «encontraste siempre —ya lo dijo Cernuda— no tan sólo hermosura sino ánimo, la fuerza del vivir más libre y más soberbio...».

Quehacer humildemente ofrecido a los demás desde tu propicio Bujalance, por el que tú pasaste tal inerme testigo de silencios, injusticias u olvidos como sufrió esta tierra, tanta reja de arado, tantas vidas o surcos, renovados, sin nombre, sin memoria, sin odio, sin eco ya en el tiempo...

...Bujalance, independiente, generoso, imaginativo, entusiasta, efusivamente hospitalario, al que deseo reiterar mi más profunda gratitud por el noble gesto de distinguirme con su predilección en nombre de algo tan inefable y distinto como la Poesía...

Bujalance, pueblo de mi amor y de mi vida, que me permite hoy compartir la dignidad de esta altísima distinción con mi esposa María del Valle y con mis hijos, testigos también de mi emoción por la gloria que en este conmovedor acto se me ofrenda...

¡Inmerecida gloria, ya repartida por mí de antemano entre cada uno de vosotros, paisanos míos de Bujalance, como en buena ley os corresponde...!